

USOS Y TRAGES PROVINCIALES.



LOS GALLEGOS.

Te escribo, amigo mío, desde la Coruña, en la cual, como en todas las ciudades, no se encuentra nada de poético, porque la poesía ha huido de la batahola que en ellas reina á los sitios silenciosos en que el hombre, en la juventud de la civilización, necesita todavía los cantos de su nodriza. Y en efecto, despues que el Diario de las modas ha impuesto el mismo traje á todos los pueblos, ¿qué se ha de encontrar en ellos sino costumbres gene-

Segunda série.— Tomo L

rales, acciones comunes, que no revelan nada ni tienen nada de pintoresco, y que se reproducen bajo un mismo tipo en las cinco partes del mundo?... En otro tiempo los trajes, los edificios, las diversiones, y el alimento tenían la razon de su modo de ser en un hecho histórico, en la diversidad de origen, en la situación del país: hoy reina por do quiera una prosa universal; en todas partes se viste á la moda, se come á la moda, se

5 de noviembre de 1859.

hace todo á la moda, y bajo este aspecto los pueblos de Galicia, como otros cualesquiera de la Península, no son mas que un espejo fiel en que con mas ó menos dias de retardo se representa lo que pasa en Madrid y en París. Así, pues, como cuesta un impropio trabajo descubrir en medio de este nuevo orden social, tan trivial y tan confuso, alguna que otra primitiva costumbre, que se oculta cuidadosa como avergonzada de haber quedado sola é intacta, no me molestaré en escudriñarla; pero siendo mi obligación, á fuer de amigo, satisfacer tu curiosidad con lo que den de sí mis viajes, apelaré para cumplirla á aquellas clases de la sociedad, que estando por su miseria fuera de los alcances de la civilización, quedaron legatarias de las antiguas tradiciones. Los labradores gallegos serán mis héroes, mas debo advertirte que no imagines cortados por un mismo patron á los de los varios distritos de tan vasta provincia; así como lo quebrado del pais la facilita una admirable distinción de climas desde el mas caliente al mas frio, así tambien varían las producciones, la industria y las gentes que los habitan, las cuales parece quedaron selladas con alguna marca de las antiguas divisiones.

Anoche dormí en Culleredo, á una legua y media de la capital. Es una aldea deliciosa abrigada por el monte de Alvedro, las alturas de Elvina y el cerro de San Cosme de Sésamo, situada á corta distancia del rio Mero y regada por dos arroyos que fertilizan sus vegas y sus praderas, y mueven unos molinos harineros de excelente fábrica. Si diseñas un grupo irregular de una veintena de casas, con ventanas de madera ennegrecidas con las lluvias, ó pintadas de almazarron, paredes de piedra tan morena como las vetanas, corrales y cobertizos, un monte de paja á manera de cúpula en la era de cada una, su hórreo de ramas ó de fábica para secar el maiz, y de fondo le pones un trozo del Paraíso descrito por Milton ó el mas hermoso paisaje de Poussin, tendrás una imájen bien exacta de este lugar. En él he hallado la cordial hospitalidad que es coman á todos los montañeses y la mas apacible tranquilidad, lo que me tuvo contentísimo, aun cuando la casa que elegí no era en verdad modelo de aseo, ni de la mejor distribución. No te la quiero describir porque te daría sueño, mas si voy á pintarle á la buena ventura una escena del interior para que la asociés á la idea del lugar, y si nuestra vista me refieras la impresión que te cause.

Una olla de hierro, llamada *pote*, con tres pies cónicos y su exterior mas negro que la sombra, está sobre el fuego suspendida de los llanes. En ella hay contenido un liquido amarillo que se condensa á medida que se evapora, siendo removido continuamente con un palo por una muchacha de doce años, sentada en un sillón sobre la piedra del hogar. Mucho tiene que hacer la rapaza: su atención no se aparta un momento del *pote*, y seguramente que la pobrecilla no podría terminar la operación á gusto de los que esperan, si un hermanito suyo de dos años no sustentara la lumbre, echando en ella de tiempo en tiempo algunas ramas de aulaga. La jóven añade con la mano izquierda alguna harina de maiz al agua ó leche que contiene el *pote*, hasta ponerla en la debida proporción, y con la derecha remueve tanto mas cuanto mas vivo es el hervor, á fin de impedir que se formen glóbulos de harina endurecida, nombrados *borbollotos*, que la acusarian de perezosa. Si á pesar de su cuidado sucede esto, al encontrarlos luego en las *taxas* ó *cunecas* se reñe la primera, y diría graciosamente: «ó *mais gardo borbolloto é para d' casineira*» desarmando con esta la crítica de los convidados. Figúrate ahora que ves á nuestra heroína meter una ramilla en el *pote*,

sacarla envuelta en una capa de *papas*, y decir á su hermanito. «*Antoniño proba si estan cocidas*»; que observas á este, demasiado pronto en obedecer, abrasarse la boca, y sin embargo hacer una señal afirmativa con la cabeza, mientras que su madre ocupada en dar el pecho al mas chiquito, te mira y le mira como orgullosa de tenerle, y su padre sentado junto á mí en un viejo escaño, le dirige amorosas reconvenções. ¿Podrás contener tu risa y no participar de las sencillas emociones de esta familia? ¿Y podrás despues no aceptar la *cunca de papas* que te ofrecen con la mejor voluntad endulzadas con miel y cubiertas de leche, y no probar esas *papas* que se reparten con la *broa* ó pan de maiz, las herbas, el marisco y la patata el honor de nutrir á estos habitantes?... Créeme, por delicado que sea tu paladar, hallarás en este alimento un gusto original que no se parece en nada al de los platos á que estás acostumbrado.

Por la mañana antes de marchar tuve la humorada de reconocer el pais. Subí á la sierra de Elvina y desde lo alto de sus picachos, en vez de contemplar el cielo á que me habia acercado algunos centenares de pies, mi vista ávida de verdor y de variedad de objetos se extendió por el dilatado panorama que tenia delante, se fijó en las hondonadas abiertas á mis pies, y allí se deleitó en el seno de los valles ya aptuosos; acarició las márgenes de los arroyos; los sembrados por mil alisos de alto y frondoso ramaje; contó las elevadas agujas que coronan las torres de la multitud de parroquias que se divisan, alternadas en cores con las agrestes casas de sus feligrases y los frutales que las rodean, sobre aquella admirable alfombra, contempló los montes de granito, levantando su cabeza radiante; coronada de tomillo, como robustos ancianos que miran gozosos las innumerables aldeas levantadas al rededor suyo en lugar de otras que sucesivamente han caído á impulsos del tiempo; á quien ellos desprecian, y del estracado de las revoluciones que retumbó en sus aenos sin commoverlos; y por fin me regocijé en la felicidad continua que debia reinar en estas comarcas celestiales... ¿Cómo se engaña la imaginacion del hombre con las apariencias! ¿Quien vacilaria un momento en negar á estos moradores los epítetos de ricos y dichosos? ¿No son acaso principios de riqueza y de ventura la fuerza de vejetacion y de vida que parece animar á los barrancos y peñas de los cerros, y la machedumbre de ganados que triscan juguetones la yerba del ejido ó los brezos del monte? Sin embargo es cierto que no lo son. El atraso en que está la agricultura, el carecer de propiedad, y de consiguiente vivir siempre poseídos del temor de haber de dejar para otros cuantas mejoras hicieren; las exorbitantes pensiones que pagan á los dominios, algunos vicios muy capitales en la legislación del pais, y la servil abyección en que los tiene el desprecio con que se miran en los pueblos, son causas visibles de su miseria, y esta es móvil del abandono periódico de sus casas y de la transmigración á otras provincias y reinos, que no fuera sin embargo en detrimento de Galicia, si muchos no se quedasen establecidos lejos de ella, y si otros arrastrados por el ejemplo no trocaran sus labranzas por la espuerta y el barril.

Tales causas han modificado sin duda sus primitivos caracteres y producido los que ahora se descubren en ellos. Son los gallegos sufridos en los trabajos que les sobrevienen, y poco perseverantes en los que emprenden, honrados á toda prueba, y muy poseídos de la desconfianza, tardos en el discurso y pausados en sus juicios, pero sútiles en el resultado de ellos, sóbrios, económicos tal vez

en demasía, afectos en sumo grado á los hábitos adquiridos y á las máximas de sus abuelos, dotados de mucha reflexión y de escasa imaginación, humildes, valientes hasta rayar en temerarios, tercios en sus rencillas, y por una contradicción bien extraña envidiosos de sus rústicos adelantos y opuestos al espíritu de asociación cuando están en su país, y fuera de él conservadores entre sí de una admirable fraternidad. A pesar de que estos caracteres están mezclados con cierta cantidad de toda grosería, se nota en estas aldeas más civilización que en otros pueblos situados bien cerca de la Corte, y más lo estarían si se lograra difundir en sus moradores mayor afición hacia las comodidades de la vida.

Al volver á la aldea he visto en sus abundosas campiñas á los hombres y á las mujeres confundidos, participando en el mismo grito de las fatigas de la labranza. Estaban estas en mangas de camisa, con cofias ó pañuelos en la cabeza, justillos de mancheste atacados por delante, y un pañuelo encima, su *mantelo* de paño pardo ó un *picote* de lino con listas rojas ó negras, el cual les sirve también para cubrir la cabeza en tiempo frío, y almadrabras ó *zocas* por calzado: aquellos solo se diferenciaban de los asturianos en la forma de la gorra y el chaleco de escarlata con vivos negros. Si vinieras entonces conmigo, también hubieras visto á las mujeres venir á la fuente con sus cestas de ropa en la cabeza, ó las hallarías metidas en el río hasta las rodillas, sumerjiéndola en la espuma plateada al mismo tiempo que sus blancos brazos, ó batiéndola sobre una piedra al compás de una canción de dulce melodía. Entonces oirías sus alegres risotadas cuando una de ellas resbala en la arena, y su gracioso y continuo charlar, y sabiendo cuán frescas son las aguas del río y las de la fuente y las lavanderas que las agitan, y cuán bulliciosas se presentan unas y otras, participarias de mi entusiasmo por los bellos lienzos blancos tendidos al sol en la pradera, y por las agraciadas mujeres que lo han puesto en tal estado á fuerza de un trabajo que las divierte y de una paciencia que admira.

El caballo ensillado que me esperaba á la puerta de la casa me recordó que había de dejar un país donde de seguro hubiera vivido muy contento. Mi huésped había salido bien temprano con su sacbo al hombre; su mujer é hija me despidieron con agasajo sin dejar sus ruecas, ese gracioso símbolo del hogar doméstico que abandonan lo menos que pueden. Ahora he comprendido porque la rueda no ha logrado usurparla su dominio. ¿Como podría ser como ella la compañera inseparable de estas aldeanas y una compañera de tan fácil adquisición? ¿Como armonizar con la rueda los cantos populares lentos y tristes que también se unen al murmullo de los usos?

Por el camino iba pensando cuán difícil es que los habitantes de esa mustia Castilla se formen idea ni aun remota de estos campos de continuo verdor tan apacibles y encantadores, de este verdor que para no ser monotonó es ya azulado como las aguas de un lago, ya amarillento ó rubio, naranjado ó negruzco, cuando una estrepitosa reunión de voces me hizo volver la cabeza. Era una porción de hombres y mujeres que ataviados de gala venían acaso de alguna romería, lo que supuse al momento, fundado en que la afición á ellos es aquí tan general como en León y Asturias. Los hombres habían mudado su gorra diaria en otra con vivos rojos, embalganada de plumas ó cintas, y su calzón pardo en uno de pana azul, y las mujeres cubrieron sus hombros con elegantes *dengues* de escarlata, y habían trocado sus *picotes* por sendos *mantelos* de paño negro de Segovia por debajo de los cuales resomaba un refajo encarnado ó amarillo, y adornados además los cuellos con cruces y collares, las

orejas con pendientes y sus mejores *cofias* con la cinta encarnada, signo de donceller, con la blanca, señal de casada, ó con la negra, marca de luto y viudez. De cuando en cuando cantaban á coro algunos tercetos ó quintillas, compuestas en el dialecto del país, con una melodía lenta y de muy pocas notas, parecida en algo á la de las tristes plañideras de Andalucía, concluyendo siempre cada estancia con un interminable la, la, laana... en que estentaban á porfía la duración de la voz y su degradación. También está en uso por aquí otra canción mucho más viva con que suelen acompañar las danzas al son de la gaita ó al de los pífanos, sonajas y panderos.

Así lo hicieron, á lo menos, los romeros dichos cuando en la primera taberna dispusieron su *baila*, la cual no dejaré en silencio á fe mía, aunque ya estoy cansado de escribir, porque el baile es un ejercicio de cuyas figuras y mecanismo pueden deducirse hasta cierto punto las costumbres y aun el sistema social del pueblo que lo usa. Principió la gaita y el tamboril su música singular, y los hombres desembarazados de sus chaquetas, que traían al hombro, y de las cachiporras, su arma favorita, comenzaron también la introducción de la *muiñeyra*, dando largos redobles con las castañuelas, repetidas vueltas en rueda para elegir pareja, y saltos grotescos más ó menos difíciles para mostrar su habilidad. Escogida la bailarina á su gusto, un guiño de ojo ó una ligera señal con la mano la obliga á entrar en el corro. Con los ojos bajos y el aire modesto se colocan juntas formando la mitad de la rueda, y los hombres componen la otra mitad. Al principio caminaban delante de estos como despreciados; pero bien pronto una figura de frente ejecutada por todas las parejas á un tiempo, las obligó como un tácito convenio á seguirlos en rueda y después en pares que caminan uniformemente hacia delante y hacia atrás. Sería bastante difícil darte una descripción detallada y clara de los movimientos de los hombres, principalmente en el final, porque en sus brinco de alegría se ve siempre mucha parte de improvisación; en las mujeres el paso y las actitudes son poco variadas pero graciosas y sencillas, consistiendo la principal en llevar la vista fija en el suelo, los brazos doblados hacia delante, manteniendo un movimiento de vaiven conforme al compás, y las manos medio cerradas sin castañuelas. Además de este baile ejecutan bastante comunmente otro más ruidoso llamado *contrapaso*. El exámen fisiológico del que te llevo descrito, que es el único que he visto, me parece claro para todo el mundo y que en todas las lenguas se traduce: el hombre juzgándose dueño y libre pasea sus miradas al rededor de sí, y ora contempla gravemente su imperio, ora ligero como un niño salta y brinca satisfecho de su estado, un momento manifiesta su desden por la mujer porque su afición guerrera le hace despreciar sus placeres frívolos, y su orgullo le mantiene insensible á las gracias, hasta que el pudor y la humildad, que espresa á las mil maravillas la actitud de la mujer, vence por fin su esquivéz; desde entonces ya no es el mismo, el amor le posee de veras, no la deja un instante abandonada y ella le sigue contenta á todas partes. ¿Que lección de moral en este baile! Como demuestran una simple pantomina: pero ¿quién me manda meter á moralista? Amigo, tú con obligarme á decirlo todo, y estos hellos países con sus impresiones enteramente nuevas, me vais trastornando la cabeza; te protesto que en adelante he de callar más de la mitad de lo que ves, aunque no sea más que por guardar algo para cuando nos reanemos.

J. M. Gil.

REVISTA TEATRAL [1].

Afortunadamente para nuestra España todos los cambios y vicisitudes literarias que tanto han agitado y agitan aun á la vecina Francia, se han sentido en nuestro país como un eco más ó menos lejano, más ó menos sonoro; pero no han brotado de nuestro suelo tan espontáneos y tan violentos como allí, y solo el espíritu fatal de imitación ha podido llevar á alguno de nuestros ingenios á extremos y exageraciones que debieran escusarse, y que no hallaban consonancia ni respuesta en el corazón de nuestro pueblo. No porque aquí como en otra parte no fuese menester una protesta franca y vigorosa en favor de la libertad del pensamiento; sino porque la supremacía de la escuela de las reglas, no contestada por el mundo erudito y crítico, habiéndolo sido por el buen sentido del público, en cuyo corazón y memoria se conservaba vivo y poderoso el espíritu galante, noble y caballeresco de nuestro antiguo teatro. Así, pues, mal pudo echar hondas raíces en el favor de un pueblo entusiasta, religioso y apasionado, y por lo tanto no era menester para desmenujarla en cuanto dictase la razón y la cordura los mismos esfuerzos y trabajos que se emplearon en otra parte con igual objeto. La acción al bien viva, perseverante y aun pudiéramos decir obstinada, había sido floca en poder y pobre en resultados, y la reacción por lo tanto no necesitaba salir de los límites de la templanza, introduciendo innovaciones que repugnan la moralidad de nuestras costumbres dramáticas.

Otra ventaja militaba también á nuestro favor, y era que al romper un orden de ideas establecido, podían muy bien volver nuestros ingenios los ojos á otro orden más antiguo y respetado, fundado en un principio más fecundo y más análogo á la sensibilidad de nuestro pueblo. Hablamos del teatro antiguo español.

Sentado dejamos arriba que el principio de la imitación es por su naturaleza estéril y angosto, y de consiguiente no hay porque creer que lo aconsejemos á nuestros ingenios; pero entre nosotros, salvas las modificaciones que reclaman el transcurso de los tiempos y el estado de las luces, estaba ya resuelta una de las grandes cuestiones del problema literario; la cuestión de las formas. Ora se atiende á la pureza y movimiento del diálogo, ora á la música de la versificación y á la lozanía de la lengua, ora por fin al enredo y travesura del plan, á la feliz invención y hábil manejo de la fábula, lo cierto es que nuestros dramáticos antiguos nada tienen que envidiar á los más encumbrados ingenios extranjeros, cuya mayor parte se queda muy atrás. Los escritores que han roto en Francia el carcomido yugo de las reglas, han tenido que madurar el fondo de sus obras é inventar ó ir á buscar fuera de su país las proporciones que habían de darles: de consiguiente su tarea era más árdua y más escasas sus probabilidades de acierto. Nuestros modernos dramáticos, al contrario no tenían otra cosa que hacer sino perfeccionar, si era doble, un instrumento maravilloso, é imaginar obras en que emplearlo dignamente; de modo que para sus creaciones solo habían menester mas que el estudio profundo de la tendencia de la época así en los caracteres donde debe encarnarse el pensamiento cardinal, como en este mismo pensamiento. La marcha de las ideas es en el día sobrado universal y humanitaria para circunscribir el estudio del hombre á un solo país ó á determinadas costumbres, y no es esta la época en que esten reunidas (si

en alguna pueden estarlo) la magnificencia y brillantez de Calderón con la profundidad vigorosa y apasionada de Shakespeare ó el escepticismo lúgubre y nebuloso de Goethe.

Esto supuesto, ha sido lamentable el desvío y tibieza con que muchos de nuestros modernos ingenios han mirado el estudio detenido y grave del teatro antiguo, porque á ellos está reservado (y aun deben mirarlo como una obligación) el restituir á nuestra escena la nacionalidad que debe tener según las condiciones del estado actual de la civilización. No es menos de lastimar que la mayor parte de sus esfuerzos hayan ido encaminados á poseer de nuestra escena creaciones desnudas muchas veces de verdad, hijas legítimas del moderno teatro francés, y símbolo de un orden de cosas ó de ideas casi siempre incomprensibles para nuestro pueblo. Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se bebían en este gran manantial corren inminente peligro de salir á la luz enfermizas y defectuosas.

Como quiera, obras hemos visto que si bien distintas en el fondo y no menos distintas en las apariencias, han sido parte á consolarnos de estos yerros que tanto nos apesadumbran. Entre ellas nos han parecido las más sobresalientes (dicho sea sin agravio de nadie) el D. ALVARO del señor Duque de Rivas, Doña Mencía del Sr. Hartzenbusch y la comedia del Sr. Zorrilla que acaba de ponerse en escena con el título de CADA CUAL CON SU RAZÓN.

El primero de estos dramas, primero también de la moderna escuela que arrojó victoriosamente en nuestras tablas el escándalo de un cisma literario y todas sus consecuencias, nos parece colosal en su pensamiento, atrevido en su pisa, acertado en su manejo y de grandioso efecto en su conjunto y desenlace. Sin embargo, si hemos de decir lo que reclamau de nosotros la franqueza de nuestro carácter y el subido mérito del autor, confesáremos que el pensamiento, ramificación del mismo que ha dictado á *Nuestra señora de París* (y cuenta que no intentamos rebajarle con esto) nos parece hijo de una filosofía desconsoladora y escéptica y de consiguiente poco social y progresiva; y que en los medios y en el desenlace se nos antoja un tanto sujeto á las exigencias de la escuela entonces dominante. Algo lo alejan estas cualidades del carácter general de nuestro teatro; pero en toda lo demás pertenece por entero á nuestra grandiosa escuela, y apenas puede darse cohesión más íntima que la que reina entre sus personajes y los personajes de la sociedad española. Desde la creación gigantesca y tal vez sobrado fantástica de D. Alvaro, hasta las conversaciones de la cocina y de una posada andaluza, todo es verdadero, palpitable y rico de color y lozanía. Las formas elegantes, puras y castizas de la versificación, el dibujo correcto, severo y atrevido de los personajes, el colorido local, tan precisamente entendido y manejado, la flexibilidad escogida del diálogo, su viveza, chiste y movimiento; todo revela en este drama el estudio profundo y lleno de conciencia del antiguo; no en el sentido que se da generalmente á esta palabra, sino del antiguo español con su filosofía, sus bellezas originales y ricos atavíos. Creemos que nadie mejor que D. ALVARO hubiera podido abrir la nueva era de libertad literaria.

No con tanta audacia y en escala más reducida se ha presentado al público el autor de Doña Mencía. Este drama del género doméstico, digámoslo así, no manifiesta cualidades tan brillantes como las del anteriormente citado; pero su estudio le sobrepuja quizá en corrección y osmero: los caracteres están acabados con una laboriosidad y conciencia estremadas, hay calor y arrebató en los afectos, su desenlace es imprevisto y valiente, y la versificación castiza, severa y armoniosa lleva en pos

(1) Véase el número anterior.

de sí el oído y el corazón del público. Lo repetimos: Doña MENCIA no ostenta quizá las mismas galas y los mismos rasgos de imaginación que D. ALVARO, pero le escude en profundidad, en verdad y en buen concierto. Ambos dramas se han acercado infinito á la resolución omnívota y completa del gran problema literario, y en este sentido merecen á nuestro entender el lugar de mas preeminencia entre las creaciones de la moderna escuela.

No le sucede otro tanto á la comedia de CADA CUAL con su razón que con tanto éxito hemos visto representada no hace mucho; porque si bien es cierto que supera de un modo brillante y victorioso la dificultad de la expresión, también lo es que el resto de la cuestión de la forma, ó sea el desempeño del drama, no se halla á la misma altura. La trama es endeble en comparación de la lozania de los versos y de los subidos quilates del diálogo, y en cuanto á pensamiento capital que forme su fondo y le dé la debida importancia, no tiene ninguno. Tal vez el autor se haya propuesto vencer todos los obstáculos de este género difícil en detalle y no en conjunto, y quizá en la publicación sucesiva de trabajos análogos y de mérito creciente dé muestras mas aventajadas de su propósito: por ahora solo le diremos que si quiso hacer alarde de su facilidad prodigiosa de versificar y de su cabal conocimiento de la flexibilidad y riqueza de la lengua dramática en su bellissimo diálogo, ha logrado su objeto de una manera envidiable. Cuando tan felices disposiciones hay que admirar no son de tanto valor las alabanzas como los estímulos, y aunque á la laboriosidad del Señor Zorrilla pudieramos ahorrarnos muy bien, no dejaremos de decirle que la patria espera mucho de él, y que haría muy mal en defraudarla de esperanzas tan legítimas.

De intento hemos dejado de hablar en este artículo de los felices ensayos hechos también por nuestros autores contemporáneos en el drama histórico ó tragedia moderna, porque siendo tan diverso este género por su índole particular, parecemos conveniente dedicar á su examen un determinado discurso, con el cual haremos cumplido nuestro intento de trazar un rápido bosquejo del estado actual de nuestra literatura dramática.

ENRIQUE GIL.

COSTUMBRES VASCONGADAS.

ARTICULO 5.º Y ÚLTIMO.

(Idioma).

Entrar á demostrar las perfecciones de el idioma vascongado considerado por muchos como un dialecto despreciable, es obra que por demasiado ardua la hemos meditado antes de resolver el rumbo que debíamos seguir, pues el buen juicio que formaron nuestros lectores á la lectura de los anteriores artículos y el aprecio que de ellos han hecho honrándonos así sobremano, exige que en materia de tanto interés como la que vamos á tratar depongamos todo género de confianza cimentada en solo nuestros conocimientos, y cedamos la satisfacción de ilustrar al público en esta materia á un ingenio esclarecido cuya pérdida lamenta la literatura. Hablamos del historiador é ideólogo D. Juan Antonio de Iza Zamacoa, de quien hicimos mérito en nuestro primer ar-

tículo, porque á su vasta erudición y conocimientos historiográficos, unió los del profundo estudio de el idioma vascongado, y de un trabajo suyo sobre esta materia hemos resuelto valernos hoy extractando lo conveniente á nuestro objeto, pues si bien es verdad que tenemos conocimientos propios de los países que hemos descrito en los artículos anteriores, consideramos oportuno el apoyar el presente en la grave autoridad de aquel autor.

Grandes disputas se han movido en estos años últimos para averiguar cual debió ser en el mundo la primitiva lengua, y aunque los literatos han pretendido establecer diferentes opiniones, unos en favor del idioma hebreo, otros en el del árabe, griego, chino, teutónico, flamenco, y otros en fin en favor de las lenguas que ellos mismos hablaban, lo cierto es que no ha sido posible todavía el que hubiesen convenido en una cosa estable, porque el idioma primitivo que ellos buscaban se ocultaba en la oscuridad de otros siglos mucho mas antiguos y remotos que los conocidos en la historia de las naciones, de cuyos tiempos no se conserva memoria alguna en el mundo; y esta fue la razón que movió al respetable filósofo vascongado D. Pablo Pedro de Astarlas para engolfarse en la gran disputa de la antigüedad de las lenguas.

La lengua vascongada es un idioma razonado tan perfecto en todas sus partes, que no se conoce otra en el mundo con quien pueda compararse en discreción, sabiduría y excelente union de las partes que le constituyen. Ella no tiene anomalía, excepción, ni defecto alguno en su mecanismo y composición, ni una sola vez que pueda ser dudosa ó incomprendible á los que la hablan, porque todas sus letras, sílabas, palabras y frases son significativas.

Su alfabeto se compone de once letras vocales llamadas radicales que son *a, e, i, o, u, ai, au, ei, eu, oi, ui*, y de veinte y una letras consonantes como *b, c, d, f, g, ch, l, ll, m, n, ñ, p, r, rr, s, t, st, ts, x, z, j*. Todas estas letras significan por sí mismas aisladamente ó en globo varias cosas, así como la *a* que se aplica á todo lo que es ó parece estendido á la vista; la *e* que denota declivio ó debilidad; la *i* lo piramidal, estrecho, lineal y punteagudo; la *o* la admiración, lo redondo, los globos; y la *u* todo lo vacío, profundo hueco etc.

Las consonantes tienen asimismo cada una su significación peculiar, semejante á la configuración que ponian la boca, los labios, y la lengua de los vascongados para pronunciarlas. Estas consonantes unidas con las vocales producen sílabas con mayor estension de su signado: las sílabas forman palabras todas significantes; y últimamente las palabras por un enlace natural y necesario entre ellas forman los periodos, las oraciones y los discursos con que se explican las ideas.

Los vascongados no han tenido jamás necesidad de la escritura para comunicarse sus ideas y pensamientos: ellos tenían un idioma sabio con el alfabeto mas completo, pero no escribían sino lo precisamente necesario que se presentaba en sus asambleas generales á fin de obtener su aprobación. Todos los demas escritos de anales, fueros, usos, costumbres, ritual religioso, historia, jurisprudencia, política, medicina, astronomía, y cuanto parecia á la censura de aquellos padres de la patria, todo se quemaba y rompía allí mismo sino quedaba adoptado lo que se proponía, para que no perturbase jamás la quietud y tranquilidad de los moradores; y he aquí la manera con que sus diferentes repúblicas y federaciones gozaron de una larga paz en sus gobiernos, sin incurrir en los delirios que han conservado estos grandes almacenes

ó archivos de libros de otras tierras, donde imbuidos los hombres de las ideas extraordinarias que leían allí, han hecho prosélitos, se han apoderado del mando, y han debastado al género humano como conquistadores ó como entusiastas y religionarios.

La lengua vascongada consta de 4146 sílabas, con las que se pueden componer cerca de cinco millones de voces, sin contar las que llevan mayor combinacion de sílabas: número tan prodigioso que parece imposible poderse emplear en un idioma.

El significado de las voces vascongadas está tomado de las primeras articulaciones del hombre niño: de las interjecciones ó recursos del adulto para explicarse: de las modulaciones de la voz: del ruido que forman los entes animados, y del que se imita de las cosas inanimadas cuando son movidas, á que llaman unumatópicas. Y la propiedad de estas voces consiste en que tengan una exacta y verdadera analogía con las cosas que se quieren representar.

Los nombres de oficios ó de ocupaciones de las personas están colocados en el vasconce con tal método y claridad, que no hay cosa que se les parezca en ninguna otra lengua. Al artífice ó maestro que fabrica la cosa le distingue con la terminacion *guin* que quiere decir hacer, ó con la de *guin-a* poniendo el artículo á al fin, que significa el que hace la cosa, y así *abar-caguin-a* es el que hace las albarcas, el albarquero: *capelaguin-a* el que hace las monteras, el monterero: *lapicoguin-a* el que hace las ollas ó el ollero.

El que no hace la cosa sino que la guarda ó tiene cuidado de ella, se distingue con la terminacion *zaiñ* guardar ó *zabi-a* el que guarda; como *zenzaiña* la que cuida de un niño, la niñera: *anzulñu* el que guarda ó cuida las cabras el cabrero: *mandazaiña* el que guarda los machos ó el arriero. Cuando el hombre no hace ni guarda la cosa, sino que la usa ó se vale de ella, tiene la terminacion en *aria*; y como en *danzaria* bailarín; *jacolaria* jugador. Y en fin, cuando se quiere señalar á donde se hace la cosa, se distingue con la terminacion *tegui* ó *toqui*, parage; como en *bazartokia*, lugar de las juntas ó asambleas de los ancianos.

Las contiendas de los hombres se distinguen con la terminacion *quia* como en *ucabilquia* á puñadas: *arriquia* á pedradas. Con la misma las luchas de los animales, como *aguinquia* á mordiscos: *burruquia* á cabezadas: *adarquia* á cornadas. Y también los juegos de los niños como *bostarriquia* á las cinco piedras: *zenzenuia* al juego de nobillos etc.

Los nombres locales acaban en *eta* *ola*, *dul*, y *egui*. En *eta* cuando se señala alguna region, como *ucheta* region de peñas: *sutseta* region de pozo: *baseta* region montuosa etc. En *ola* cuando se habla de un parage redondo como *mendiola* en lo redondo del monte: *Balsola* en lo redondo y oscuro: *Zamucola* en lo redondo de una garganta de monte. Y en *egui* cuando se trata de un sitio angular ó esquinoso como en *ormaequi* parage de muros ó paredes.

Los nombres posesivos llevan la terminacion *cu* como en *eche-cua* de casa: *mendi-cua* del monte. Los abundanciales en *tsa* y *tsu* como *dirutsa* gran cantidad de dinero; *barvi-tsu* gran hablador. Los frequentativos en *ti* como *sarauti* sarnoso, *aurrati* el que busca las mujeres. Los aumentativos en *to* y *co* como *guicoto* hombre: *mutitoto* muchachon. Los diminutivos en *chu* como *guisonochu* hombrecillo: *onrachu* inujercito: *chiquichu* chiquito. Y los comparativos en *go* como *guetigo* muchos: *guetdiago* muchos menos.

Los nombres superlativos tienen 6 diferentes termi-

naciones, como son *andia* el grande: *andagua* el mas grande que los otros: *andiana* el mayor de todos: *chiquia* el pequeño: *chiquichu* el pequenito: *chiquerrona* el mas pequeño de todos.

Las preposiciones vascongadas son tambien invariables en sus terminaciones. *esca* corresponde al *de* del castellano: *enzat* al *para*: *gaz* al *con*: *gaiti* ó *gatio* al *por*: *baga* á la negativa absoluta de *sin*; así como *indarrezco* de miedo: *gurenzat* para ellos: *arugaz* conmigo: *neugaitic* por mí: *neubaga* sin mí.

Las características del adverbio vascongado se forman con cinco terminaciones diferentes: la primera en *an* que significa donde, á donde y cuando, así como en *aurrian* delante: *atzian* detras: *basoan* en el monte: *hechian* en casa.—La segunda en *ra* como en *aurrera* adelante: *atxera* atras: *echera* á casa.—La tercera en *ña* como en *echotio* de casa: *emendic* de aquí: *andic* de allí.—La cuarta en *ranz* y *etaranz* como en *echeruar* hácia esa: *esquerretaranz* hácia la izquierda: *guizonetaranz* hácia los hombres.—Y la quinta en *es* como en *indarres* por fuerza: *neures* por mí: *bidurres* por miedo.

La lengua vascongada no tiene géneros; es decir, no hace la distincion de los nombres en masculinos, femeninos ni neutros como las modernas, porque cada especie y cosa tiene su nombre particular en este idioma.

Sus 206 conjugaciones son sumamente fáciles; no tienen excepcion ni anomalía alguna, y se hallan combinadas con tal arte y maestría, que todas las variaciones en las personas tienen unas mismas terminaciones y características para distinguirse, de suerte que sabidos conjugar dos verbos se saben todos.

La diferencia de construccion hace al vasconce de distinta índole que á los demas lenguas de Europa, pero no de las de América ni de las del interior de África que tienen la misma construccion que la vascongada, y es que proceden todas estas de un idioma primitivo segun demuestra su antigüedad desconocida de la historia. El vasconce se explica segun se presentan las ideas, esto es, forma sus oraciones señalando en primer lugar el objeto; en segundo el oficio, la calidad ó la forma; y en tercero la accion ó movimiento que necesita para que se ejecute la cosa. Por ejemplo, dice el vascongado *tempora eder-ra eguiten daga* que traducido literalmente al castellano viene á decir *tiempo hermoso haciendo está*, sin que le sea permitido salir de este orden á menos que no incurra en un disparate clásico, porque el tiempo es la primera idea, la hermosura ó bondad de él la segunda, y la ejecucion de la cosa la tercera. Los latinos, castellanos, franceses, italianos y otros precinden de estas reglas, porque dicen que limitan los entendimientos, y para ellos es indiferente decir el tiempo es bueno, hace buen tiempo, haciendo está buen tiempo, pero ello es que con esta libertad han hecho nacer ese embrollo confuso del *estilo de escribir* ó llamase baturrillo que observamos en las nuevas lenguas por su diferente manera de colocar las voces para explicar las ideas. Y tambien esa confusa jerga ó locucion de los vascongados cuando empiezan á hablar castellano, con lo que hacen reir á muchos que atribuyen á error lo que justamente es propiedad de su idioma.

La lengua vascongada no solo se distingue de las demas de Europa en la formacion armoniosa y filosófica de sus voces compuestas de letras y sílabas significativas, sino que se remonta su antigüedad hasta la primera edad del mundo, haciéndonos ver en ellas las necesidades que debieron conocer los primeros hombres para resistir la intemperie y facilitar la subsistencia. La voz *abarquia* abarca, era en su origen un especie de calzado hecho de

ramitas de árboles, según la significación de esta voz, y no hay duda que de necesidad debió ser el primer invento del hombre, para precaverse de las piedras y espinas que le ofenderían las plantas de los pies. *Zubia* el puente, que quiere decir dos maderos, debería ser también el primer recurso que halló el hombre para pasar los ríos y arroyos. *Chabolía* la choza ó lugar chato y redondo para recogerse sin duda en las intemperies. *Echia* casa ó descanso no pequeño. *Picharra* la piedra del pico, que hoy es el jarro. *Edarria* la piedra de beber, que después cuando construyeron casas se convirtió en vasija de madera para traer agua, según la usan todavía en las provincias vascongadas.

Los nombres propios de las personas de la remota antigüedad están designados en esta lengua con los caracteres peculiares y conocidos que cada individuo tenía en sí, y lo propio las divisas y apellidos que tomaron después las familias para distinguirse.

Lo mismo sucede respecto á los animales: á quienes se dieron en su creación los nombres de las propiedades mas señaladas con que cada especie se distinguía; es decir, aquellos nombres que dice el Génesis que puso Adán á todos los animales designando las propiedades de su especie, según se vé todavía en muchos nombres vascongados, y á pesar de que todos los filósofos ideologistas niegan la existencia de estos nombres, parece que aun pudieramos contar entre ellos algunos, como *Beia* la vaca, animal que hace *be*: *Merina* el merino, que hace *mé*: *Gatus* el gato que agueca la zarpa; *Charrija* el puerco que está siempre en los charcos; *Cucua* el cuco voz onomatópica que remeda el canto de esta ave; *Gabilaia* el gabilán, el que ronda encima, y otros muchos.

Los vascongados escriben de la misma manera que hablan su lengua, dando á cada letra el verdadero sentido que tienen en el alfabeto, y no conocen la irregularidad de dar á estas letras otro sonido diferente en la pronunciación.

La lengua vascongada tiene la singular excelencia de distinguir y separar por el artificio de sus sílabas y palabras las acciones virtuosas de las pecaminosas, aplicando al mismo tiempo la recompensa y el castigo, según el mérito de la persona. Llama *soraqueria* á la locura de vicio, y *saratasuna* á la que es de enfermedad: *ardiqueria* á la borrachera de vicio, y *orditasuna* á la causada por tufo, malos olores, distinguiendo en la diferencia de terminación las dos clases de personas.

Por esto se puede casi asegurar que la lengua vascongada ella sola habrá sido en otros tiempos un código religioso y civil, donde se aprendían las obligaciones que debían saber los hombres para vivir en sociedad.

No hay que cansarse, decía un filósofo de nuestros días. Si queremos que nuestros hijos sean felices, es menester buscar el idioma de la naturaleza, y desterrar de nosotros todos los que conocemos, porque en ellos están envueltos los vicios con las virtudes. Busquemos á los patriarcas de la edad primitiva, si es que ha quedado alguna noticia de la que fueron, y sigámoslos en todos los pasos: fuera esa funesta ilustración que ha llenado de cadenas al mundo: fuera esos hierros, esos vicios que son la obra del hombre, y todo será un bien para nosotros.

Con el presente artículo damos fin á los cinco que ofrecimos al público y que en diferentes números han tenido cabida. Superior á nuestras fuerzas consideramos desde luego el desempeño de los deberes que nos imponíamos, pero la falta de conocimientos que de las provincias vascongadas advertíamos en general, y el silencio absoluto de los naturales de aquellos países aunque tan

interesados en sus glorias, nos obligó á parecer con una oferta que dejamos cumplida entre la satisfacción de no haber desagradado á nuestros lectores. Hubieramos deseado dar mayor estension á los artículos, pero no ha sido posible atendidos los cortos límites del papel en que escribimos. Sin embargo el ilustrado director del SEMANARIO á quien se debe el pensamiento, por el vivo interés con que procura amenizarle instruyendo al pueblo, nos brindó las columnas de él, dándonos una prueba inequívoca de la sincera amistad con que nos honra, y de los deseos que le animan de propagar la ilustración, haciendo conocer al propio tiempo las bellezas y perfecciones de que abunda esta nación tan criticada de los extranjeros, y abandonada de sus naturales.

ANTONIO DE IZA ZAMÁCOLA.

POESIA.

LA MENDIGA.

Ea fiesta, y hierve la gente,
la antigua iglesia está abierta;
y sentada tristemente
en el cancel de la puerta
debajo del arco gótico
mendiga humilde se vé.

Mirais? pues esa figura
que contemplais asombrados,
sus ojos en noche oscura
para siempre sepultados,
son reliquias melancólicas
de una hermosura que fue.

Un tiempo en la corte escena
con aplauso estrepitoso,
gallarda, linda y serena
la vió un pueblo numeroso
al eco de la grata música
brillar en danza gentil;
Cuando asentando el pie breve
y la torneada cintura
lucía el cuello de nieve
y en voluptuosa postura
hacía sonar el cristal
con los dedos de marfil.

Por contemplar su semblante
y su sonrisa divina,
por gozar el eco amante
de aquella habla peregrina
agolpábase frenética
la ardiente juventud.

Quién oro y perlas rendía
que engalanase su cuello;
quién nuevos firos prendía
sobre su negro cabello,
quien la celebraba estético
con acordado laúd.

Viose entonces esta hermosa
desvanecida y ufana,
y la rueda velocísima
de la fortuna liviana
para los demás tan fútil
en su favor se clavó.

Todo entonces la servía,
todo era placer y amor,
todo gozo y alegría;
todo coronas de flores:
ninguna nube maldica
tan claro día turbó.

Ora miradla: en sus cansados ojos
la pura luz ya duerme oscurecida,
sobre su faz que se ostentó florida
se ven las hondas huellas del dolor;

Ha sucedido al gozo la tristeza,
á la alfombra la calle polvorosa,
al mullido sofá la dura losa,
el disgusto y la lástima al amor.

Pobres arapos sus desnudos miembros
cubren en vez de resonante seda;
todo el que pasa sorprendido queda,
contemplando inarchita su brevedad.

Y la vé que abatida y miserable
¡de lo que fuera un día cuán mudada!
estendiendo la mano descarnada
implora en voz humilde caridad.

Corre un viento de hielo que las canas
mece sobre su frente temblorosa;
pálida el labio que adornó la rosa
murmura un rezo y no se puede oír;

Pero se vé que en fervoroso ruego
vuelta el rostro apagado hácia el santuario
mueve con vertas manos el rosario
que otro tiempo la hiciera sonreír.

¡Piedad de la infeliz! si es que culpada
de la virtud abandonó el camino,
si nunca la inconsistencia del destino
recordó su engañado corazón:

Jamás ha herido Dios con ambas manos
al pecador que se hace su enemigo;
en la una están la vara y el castigo,
en la otra la clemencia y el perdón.

Bien paga esta desdichada
sus pasados extravíos:

¡sabéis cual es la morada
dó sus pies yerlos y fríos
buscan un abrigo misero
consuelo á su padecer?

De día el atrio del templo,
de noche el desván inhumano;
asi vive: ¡friste ejemplo
que dá á los ojos del mundo
con su dolor y sus lágrimas
esta misera mujer!

E. V.

PELIGROS DE MADRID.



GUERRA CANINA.